

LA BRIGADIERA

HISTORIA NOVELADA (1)

III

EL MANANTIAL

La viuda doña Gerónima Pavón quedó al cargo de la dirección y administración de la hacienda familiar y al cuidado y crianza de sus cinco hijos, todos varones; el primero mocito, y el más pequeño de dos años. Aunque fueron estudiantes, por más o menos tiempo, ninguno terminó carrera, sino que acabaron en labradores y ganaderos; excepto el menor, que por decisión unánime familiar, dió con su cuerpo en el Alcázar de Toledo, de donde salió oficial de Infantería. Fué un excelente y bravo militar, alcanzando la mayor parte de sus ascensos por méritos de guerra, pero el destino no le presentó las ocasiones que a su padre. Cuando le alcanzó la edad reglamentaria, se retiró con el empleo de general de brigada, como su padre, a su pueblo natal, donde se especializó en la caza de codornices, y amplió y mejoró la finca rústica de «El Rubio».

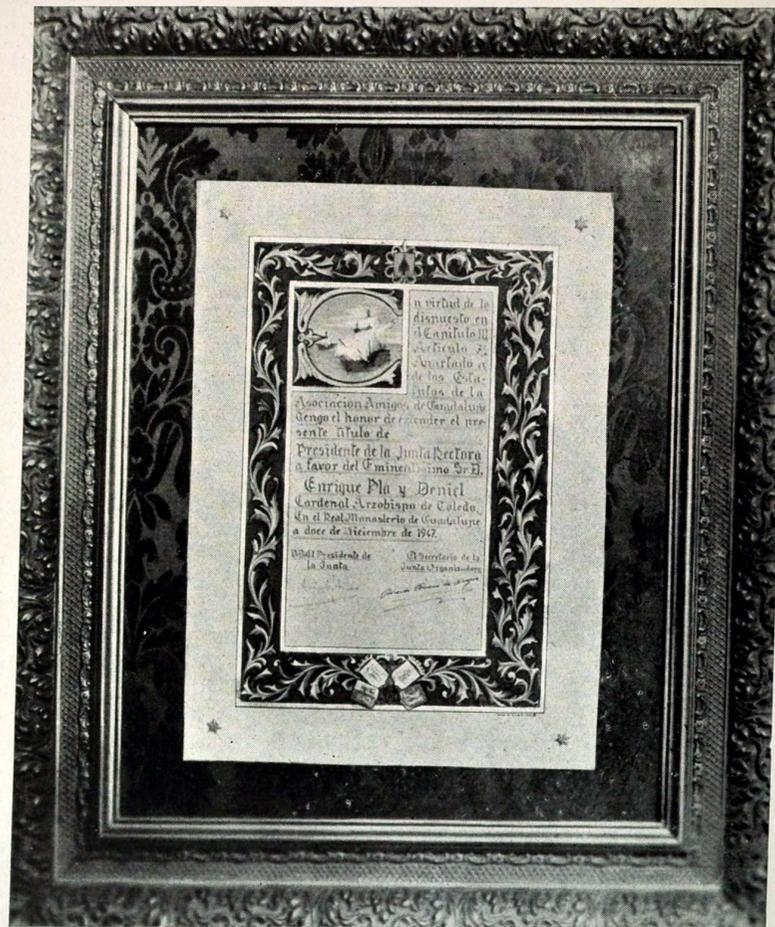
A la viuda del brigadier, que hizo de Alcuéscar capital militar del distrito de Tajo a Gadiana, el vecindario guardó siempre gran consideración y respeto, denominándola por antonomasia «la Señora» y más generalmente «la brigabiela», corrupción popular de la brigadiera.

Ya había fallecido el brigadier cuando el tío Rubio se encontró frente al problema de que sus dos hijas se habían hecho mozas y querían casarse. La solución que de antemano tenía resuelta, para tal caso, la puso en práctica. Fué a ver a la brigadiera y le dijo: «Señora, a falta del brigadier, q.e.p.d., vengo a usted para venderle la veguilla, cumpliendo la palabra que dí a don Diego, que de deshacerme de ella, se la vendería a él antes que a nadie, pues necesito el dinero para el ajuar de mis dos mozas que se casan; ambas forasteras: una en Albalá y la otra en Mérida, donde está sirviendo. Cuando la veguilla sea de usted y mientras tanto que le convenga sembrarla de plantío y menudencias de verano, que es para lo que sirve, quisiera me la dejara en aparcería a medias, antes que a otro».

La brigadiera le dijo: «¿Y si me desazonara contigo, por cualquier causa, te quitara la veguilla y se la diera a otro, ¿qué harías?».

«Bien sabe usted señora, —respondió el tío Rubio—, que eso que dice es cosa más de decir que de hacer; pero si tal caso, por un aquél llegase a suceder, lo sentiría por el mucho trato que tengo con esta casa, y buscaría otra grande del pueblo, a la que servir, que me diera arrimo y amparo».

(1) Escenas de la vida extremeña en el segundo tercio del siglo XIX. Este trabajo del ilustre hombre de ciencia D. Eduardo Hernández Pacheco fué leído por su propio autor en la Sección de Literatura de la II Asamblea de Estudios Extremeños y honra hoy las páginas de ALCANTARA. Véase nuestro número 27.



Reproducción fotográfica del pergamino entregado por la Asociación «Amigos de Guadalupe» a S. E. el Cardenal Primado de España, Sr. D. Enrique Pla y Deniel

La brigadiera sonrió y le despidió diciéndole: «Vuelve dentro de un par de días, de que yo me entere de lo que puede valer la veguilla y te daré el dinero».

La compraventa se arregló fácilmente. Como el tío Rubio no tenía documento alguno de propiedad de la veguilla y ésta era casi un



enclavado, fué absorbida y englobada en la finca de doña Gerónima, no haciéndose escritura pública ni privada. El secretario del Ayuntamiento que asistía al acto, extendió un simple recibo, que se ha perdido, y quedó en arreglar en su oficina lo pertinente al amillaramiento; con lo cual la tal veguilla dejó de existir como entidad rústica topográfica independiente. Por todo lo cual tampoco esto aclara

nada de los verdaderos apellidos del tío Rubio, que siguen en el misterio.

Tampoco se sabe nada del precio; únicamente que teniendo en cuenta el valor del dinero en aquel tiempo y en la actualidad, es probable que hubiera sido insuficiente para pagar, en los días en que se escribe este relato, un almuerzo en un restaurante madrileño de postín, a los cinco asistentes al acto. No obstante en aquel tiempo, fué bastante para los equipos y gastos de boda de las dos hijas del tío Rubio, y sobró para que éste se comprase en Mérida un chaquetón de los denominados marselleses, prenda usual, por entonces, en Andalucía y Tierra de Barros, pero novedad en Alcuéscar. Marsellés elegantísimo, de color café, ancho cuello, grandes botones, coderas y aplicación de un gran ramo de paño negro en la espalda.

El tío Rubio reglamentó la nueva situación político-administrativa, de su vejería; la cual, de pequeño estado feudatario y protegido, había pasado, mediante concierto verbal, a comarca autónoma e integrante de estado poderoso.

El término legal de «aparcería a medias» se interpretaba y cumplía en el nuevo régimen en la siguiente forma: Cuando por las mañanitas venía la criada de la brigadiera, montada en la burra cana, entre los cuatro cántaros de las aguaderas, a por la diaria carga de la fresca y ligeramente ferruginosa agua del manantial, el tío Rubio observaba si la fámula traía o no cesta, y si la traía era señal que en la casa faltaban o escaseaban los tomates. En este caso llenaba la cesta del sabroso fruto, y si los había completaba con dos o tres pepinos. Ayudaba a llenar los cántaros y colocarlos en las aguaderas. La doméstica daba un brinco como una corza y se sentaba entre los cántaros; recogía la cesta, daba dos zancajazos a la cabalgadura, y a la voz de jarre burra canal, emprendía el regreso a casa.

En el melonar se efectuaban, generalmente, dos recolecciones, y la de final o derrote. Cuando el tío Rubio anunciaba que se hacía corte de melones, los pequeños de la brigadiera se alborotaban, y, al día siguiente, antes de salir el sol, ya estaban vestidos. El tío Frasco el aperador, enalbardaba la burra cana, colocaba el serón plegado sobre la albarda, montaba a los chiquillos, y sin que el movimiento acompasado de las piernas de los tres jinetes hiciera salir de su habitual paso a la sensata cabalgadura, paraban junto a la fuente. Comenzaba el corte y el tío Rubio hacía como que se enfadaba y gritaba: «¡Indino, si esa sandía está verde! ¡A ver si meto a alguno en el pozo! ¡Maldito, si ese melón que has cortado está pepino! ¡Todos detrás de mí!». La corta se regularizaba y la chiquillería se dedicaba al transporte de los grandes frutos; de las sandías gordas, tipo de la Serena; de las más pequeñas, dulces y de piel clara de la simiente de Albalá; de los melones de piel amarilla o jaspeada de verde o los de la banda de Godoy, de color blanquecino con anchas e irregulares bandas negras. Se hacían dos montones iguales; uno para la casa, otro para el aparcerero. Los chiquillos, hartos de melón y sandía, se desparramaban por el olivar, perseguían a los lagartos, cortaban canahejas en la callejilla, y desaparecían.

La pequeña parcela de secano que el año anterior estuvo de melones, éste estaba de carillas, legumbres de lenta recolección según maduraban y antes que se abriesen las vainas y cayéran las semillas. Cuando llegaban las primeras lluvias otoñales, el tío Rubio examinaba el total de la recolección de carillas; llevaba a casa de la señora una pequeña parte «para que las probasen» y avisaba «ya pueden ir las ovejas a aprovechar el carillar, ¡ha estado maluco!».

Pero al modo como en el imperio británico, los «dominios» tienen obligaciones y cargas, y tienen asimismo ventajas; con lo cual el «commonwealth» funciona concertadamente con la metrópoli; análogamente corría a cargo del tío Rubio, durante el verano, el desvareto del olivar y la corta de zarzas y málezas de las paredes, que servían para bardar éstas y tapar los portillos. Tal operación ya venía realizándola anualmente, en el antiguo régimen mediante un tanto alzado de peonadas, en cuyo cómputo actuó de perito el tío Frasco, el aperador. Con el nuevo régimen esto continuó invariable.

El importe normal del jornal en aquellos tiempos, en Alcuéscar, era de tres reales, con los que se podían adquirir tres panes de a dos libras, y sobraba para una tagarnina de a cuarto y la cuarta parte de las hojas de un librito de papel de fumar. Todavía le sobraba tiempo al ingenioso hortelano (pues los días son largos en verano), para con las varetas de los olivos, fabricar cestos para la recolección de uva y aceituna, cuyo importe, en gran parte, pasaba a poder de la tabernera del Pozanco (pues no solo de pan vive el hombre). Con todo lo cual el tío Rubio pasaba mejor el verano, bajo la higuera, que Diógenes, el ateniense, en su tinaja.

El primer verano del nuevo régimen, el tío Rubio dió muestras de inteligente psicólogo y de sagaz diplomático. Empezaban apenas a colorear los tomates, cuando se presentó en el manantial el tío Chulo el Tuerto, con un corvillo o podadera en la mano.

«Buenos días».

«Buenos días. ¿A dónde se camina?»

«Pues a desmamonar los olivos de la brigabiela. Me hace falta ganar unos cuartos antes que maduren las uvas y me vaya a guardar la viña de Cantarranas. Hablando con Frasco el aperador vinimos en acuerdo que no debe retrasarse esta operación, porque lo que chupa la vareta hace, que con los calores, la aceituna no engorde y se caiga. Esta noche iré a cobrar el jornal. Echaré un trago de agua y voy a ponerme a la tarea».

El tío Rubio dirigió una torva mirada al Tuerto, cogió un zachillo que colgaba de la higuera y con voz calmosa aunque rebosante de ira concentrada, le dijo: «Ni Frasco te ha dicho vengas, ni la señora te paga jornal alguno, y todo lo que cuentas es un embeleco y sarta de embustes. Si no te largas en seguida de la finca, te zampo de cabeza en el pocillo para que hagas más gorgoritos que un barril bajo el agua, hasta que te llenes y te salga por los ojos...»

El tío Chulo se alejó diciendo alharacas, y el tío Rubio le gritó: «¡Tragón embaucador!, he de decir a la señora que no la tiene cuenta llevarte de guardián de la viña de Cantarranas, pues zampas tú

más úvas que juntos todos los chiquillos y mujeres del pueblo y todos los rabudos y urracas del término».

Cuando el tío Rubio se manifestó como estadista y buen organizador gubernamental, fué el año de la gran sequía: No hubo otoñada, fueron muy escasas las lluvias de invierno y faltaron las de primavera; el verano fué malísimo y se secaron los manantiales. En los aljibes manantíos, la fuente del Castaño y la del Granado, de época morisca, que surten de agua al pueblo, los cántaros formaban largas filas en espera que las piletas del fondo de los aljibes se llenasen. Casi todos los pozos de la villa se agotaron. El manantial del Rubio se sostuvo relativamente bien, pues es de agua de origen profundo.

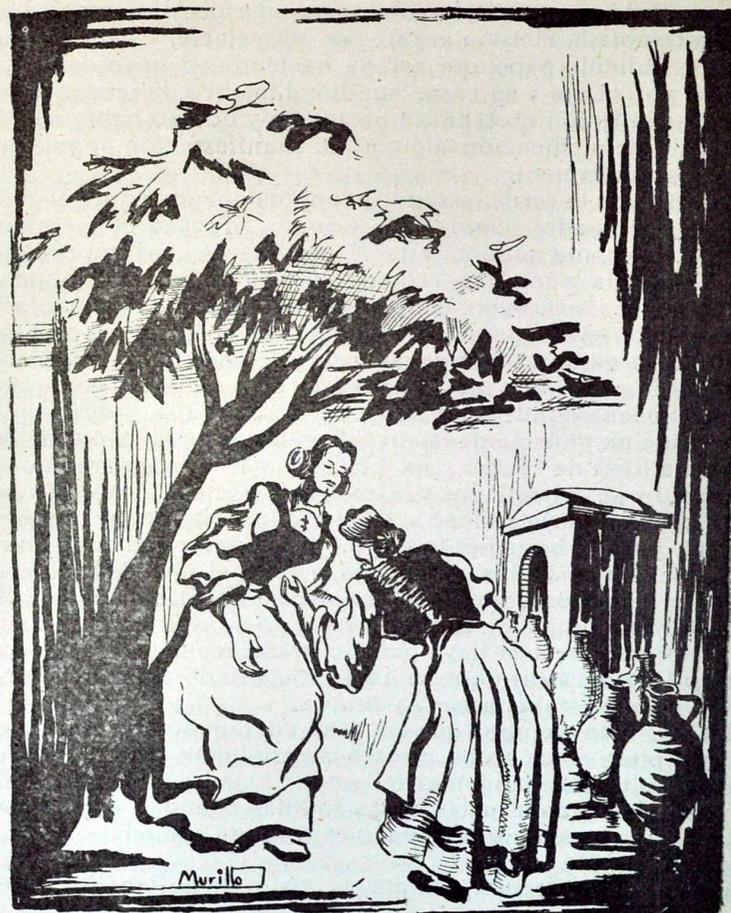
La brigadiera, que no desmerecía en inteligencia y dotes de gobierno de su Graciosa Majestad la reina Victoria de Inglaterra, llamó en consulta al rústico Gladstone, tío Rubio, para proceder en remedio de la pública calamidad. Como había suficiente caudal de la Corona, o sea cantidad de agua en el manantial del tío Rubio, inmediato al pueblo; se acordó que la del manar nocturno llenase la charqueta para atender al regadío y la diurna se destinase a remediar el conflicto público, permitiendo sacasen agua las personas competentemente autorizadas. El consejero áulico, opinó que sería más acertado cobrar una pequeña cantidad por cántaro. La brigadiera manifestó que no era decorosa para ella tal cosa en época de penuria. Así lo comprendió el consejero, terminando la consulta oficial, si no con las palabras que siguen, con el concepto que expresan. «Es de temer señora, por las circunstancias actuales, algún alboroto o movimiento revolucionario popular; trataremos de evitarlo o remediarlo en cuanto podamos».

Los permisos fueron muchos, y por ser verbales, quien quiso dijo que lo tenía. La gran proximidad del pueblo produjo en seguida la fila de vasijas en espera que la poceta, agotada por la tanda anterior, volviera a llenarse. Las chiquillas y mujeres, en la ociosidad de la espera, se comían los higos, y si se atendía a la higuera, quitaban los tomates. El tío Rubio estaba dado a los demonios y maldecía de la decisión caritativa de la señora, y esperaba que pasada la novedad, como la dificultad para el abastecimiento era la misma que en las fuentes públicas, el gentío disminuyese y la incomodidad fuese llevadera.

Pero los sucesos se precipitaron; el día quince de agosto fué el del gran alboroto popular (parece ser que dicho mes es el adecuado en España y demás países mediterráneos para las revoluciones y subversiones públicas). La Pantalona, o sea la esposa de Pantalón el porquero, llegó tarde por causas ajenas a su voluntad. Sacó su cántaro de la fila como si fuese a marcharse, y el de la Rina, que estaba de los primeros, y cuya dueña merodeaba en la higuera; hizo como si se arrepintiera de su decisión y cambió de sitio los cántaros. La Rina se dio cuenta del trastrueque, se enzarzaron, hubo cántaros rotos y la discordia se extendió en el campo acuífero.

Había llegado un zagalillo montado en una borrica, con dos barriles, a por agua para la majada, y el burro corzo del tío Rubio, que

olió a la recién venida, y no podía acercarse a ella por estar atado a la estaca, la saludaba con largos cánticos amorosos en extremo ruidosos y potentes, de los que protestaba el perro ladrando desaforado. No había elemento alguno neutral y la ruidosa algarabía mujeril crecía. El tío Rubio era impotente para restablecer la paz y la concordia.



En el fragor de la pelea la Rina dió un empujón a la Pantalona y ésta cayendo de espaldas, se dió un golpazo contra las piedras del brocal y cayó de cabeza en la poceta. Las piernas agitándose convulsas, era lo único que sobresalía del agua, pues la estrechez de la poceta y el golpe, impedían se revolviere el naufrago; y allí se hubiera ahogado, si tirando de los pies no la hubieran sacado y tendido ba-

jo la higuera para que se repusiera de la descalabradura, del remojón y del susto.

El tío Rubio, por causa de utilidad pública, requisó la pequeña borrica del zagalillo; montaron en ella a la Pantalona que estaba aún aturdida y casi inconsciente, y auxiliada, para que no cayese, por dos comadres cirineas, emprendió el cortejo el camino del pueblo. A poco de entrar en el poblado, el acompañamiento aumentando, se convirtió en manifestación popular, especialmente de chiquillería. La remojada víctima acabó por despejarse, y dándose cuenta del triste y ridículo papel que estaba haciendo, se apeó de la pollina y marchó por su pie a su casa. Acudió el médico, la reconoció y dictaminó que la lesión no tenía importancia y que no había necesidad de actuar ni de medicación alguna. La manifestación popular se disolvió espontáneamente.

A la caída de la tarde, estando reunidos con la señora el consejero áulico y compadre señor Juan Campos, Frasco el aperador y el tío Rubio, la criada anunció a la Pantalona, la cual se presentó, ya seca y remudada y con una venda oprimiendo fuertemente una moneda de dos cuartos, sobre el chichón de la cabeza, sistema ortopédico muy aconsejado para tales lesiones. La accidentada comenzó el prefacio de larga narración de su aventura, pero la brigadiera le atajó diciéndola: «Ya estoy medio enterada, otro día me lo contarás más despacio, ¡buena pondrías el agua del manantial!», y dirigiéndose a Luisa: «Dale un chorizo de las ovejas muertas en el asalto de los lobos, media libra de tocino y un plato de garbanzos para que ponga un puchero y se caliente por dentro, ya que se enfrió por fuera».

La brigadiera dirigiéndose al Rubio, dijo: «Habrás que limpiar bien la poceta, pues al brigadier (q. e. p. d.) le oí contar que hubo un rey en Sevilla que obligaba a los cortesanos, a beber el agua de la alberca del Alcázar en que acostumbraba a bañarse su amante, la cual es de suponer estuviera limpia de cuerpo, ya que no de espíritu; pero lo que es la Pantalona, no creo se haya bañado desde que la lavara la partera».

El tío Rubio aseguró que se había adelantado a poner el remedio, y que la poceta estaba fregada y limpia.

El señor Juan Campos que era gran aficionado a la lectura de romances y pliegos de cordel, mostró su erudición y dijo: «Ese fué un rey de Castilla muy sanguinario llamado Don Pedro el Cruel, al cual le sonaban las choquezueltas de las rodillas al andar, y la bañista era una Doña María de Padilla, dama tan disoluta como hermosa y arrogante».

Del consejo, interrumpido por la visita de la Pantalona, resultó la Ordenación siguiente:

«*Primero.*—Conceder al tío Rubio plenos poderes político-administrativos en lo pertinente al manantial en relación con la sequía y el abastecimiento público y privado, e incluso autorizarle a cobrar subsidio o precio por el agua, para resarcirle del trabajo y molestia de la distribución acuática.

«*Segundo.*—La señora brigadiera renunciaba en absoluto a las cantidades que pudieran recaudarse por tal precio, subsidio o gravamen-

«*Tercero.*—Queda al arbitrio del tío Rubio el suministro gratuito de agua en casos extraordinarios, tales como barriles de pastores y viandantes.

«*Cuarto.*—Quedan anulados y sin efecto los permisos concedidos; suspendida la concesión de nuevas autorizaciones para abastecimiento, y derogadas cuantas disposiciones se opusieran a esta Ordenación».

El recién designado Ministrante acuífero, guiado por Frasco el aperador, buscó en el tinado dos piernas de red para ovejas, que trasportó, juntamente con una docena de estacas a la veguilla; resguardando en redil a los cuadros de tomates y pimientos. Hizo saber que el cántaro de agua costaba un cuarto, y esperó los acontecimientos.

Tuvo un gran éxito; convidaba con higos a la parroquia; vendió a buen precio, allí mismo, los tomates y pimientos, y cuando llegado el otoño se quitó la red para que las ovejas de casa aprovecharan el tomatar, tenía ahorrados en media calabacilla, un buen puñado de monedas procedentes de la venta de agua.

El Alcalde le felicitó públicamente y le dijo: «Ha tenido usted, tío Rubio, gran acierto en poner precio al cántaro de agua, porque los puentes se han retirado de las fuentes públicas, que es como si hubiera aumentado en ellas el caudal, en favor de los menesterosos».

«Y de los puentes también (añadió el tío Rubio), porque la comodidad y tiempo que ganan vale mucho más que lo que les cuesta el agua».

«Así es» (ratificó el Alcalde), y se dirigieron a la laureada bodeguilla de la comadre Rosa, donde el Alcalde obsequió con un jarro de vino de lo añejo, al ilustre estadista rural, jarro que se bebieron mano a mano.

Todavía, al cabo de un siglo, se recuerda el año de la gran sequía, cuando se vendió a cuarto el cántaro de agua del manantial del Rubio.

En la otoñada de tal acontecimiento climatológico, cuando ya había llovido y la nabina comenzaba a enverdecer los campos, los tres paseantes, de los que antes se hizo relato, llegaron una tarde a la fuente y descansaron bajo la higuera, cuyas hojas amarilleaban y caían. El tío Rubio acababa de sembrar el forraje, descansó entre ellos, y escuchaba la discusión del tema, que era nada menos que la gobernación de los pueblos y naciones; del absolutismo y de la dictadura, de la monarquía constitucional y de la república, de la libertad y de la democracia, del comunismo y del socialismo, que por entonces comenzaba a manifestarse. Todo ello se trataba en su aspecto teórico y especulativo.

Como es de suponer, los pareceres eran dispares, y no llegaban a un acuerdo. Pavón, el persistente estudiante, dijo: «Tío Rubio, usted no dice esta boca es mía, exponga su opinión». El hortelano miró a los otros dos paseantes, y el cura Limones dijo: «Sí, dinos tu parecer»; y don Atanasio: «Oigamos la voz del pueblo, *vox populi, vox Dei*».

«Pues en mis cortas luces, se me alcanza (comenzó diciendo el tío Rubio), que respecto al latinajo de don Atanasio, el pueblo en esto de gobernar tiene poco acierto: guiándose por el corazón y no por la cabeza, y falto de ésta o con sobra de cabecillas, no suele hacer sino disparates y atrocidades, y si este parecer no satisface, que se lo pregunten a la Rina y a la Pantalona».

«La gobernación de los pueblos y naciones, es, en mi corto entender —o yo soy un porro—, algo comparable a la crianza y educación de los hijos; con la gran diferencia —y este es el busilis— que el padre se afana por el bien y prosperidad de sus hijos a costa suya, mientras que el gobernante suele afanarse por su bien y prosperidad a costa de los gobernados. Aunque no se me oculta que hay casos de buenos gobernantes, que como un buen mayoral de ovejas —pongo por caso—, se afana por todos medios en que el rebaño prospere y las ovejas engorden, pues en la prosperidad del rebaño estriba la suya propia y su reputación y fama».

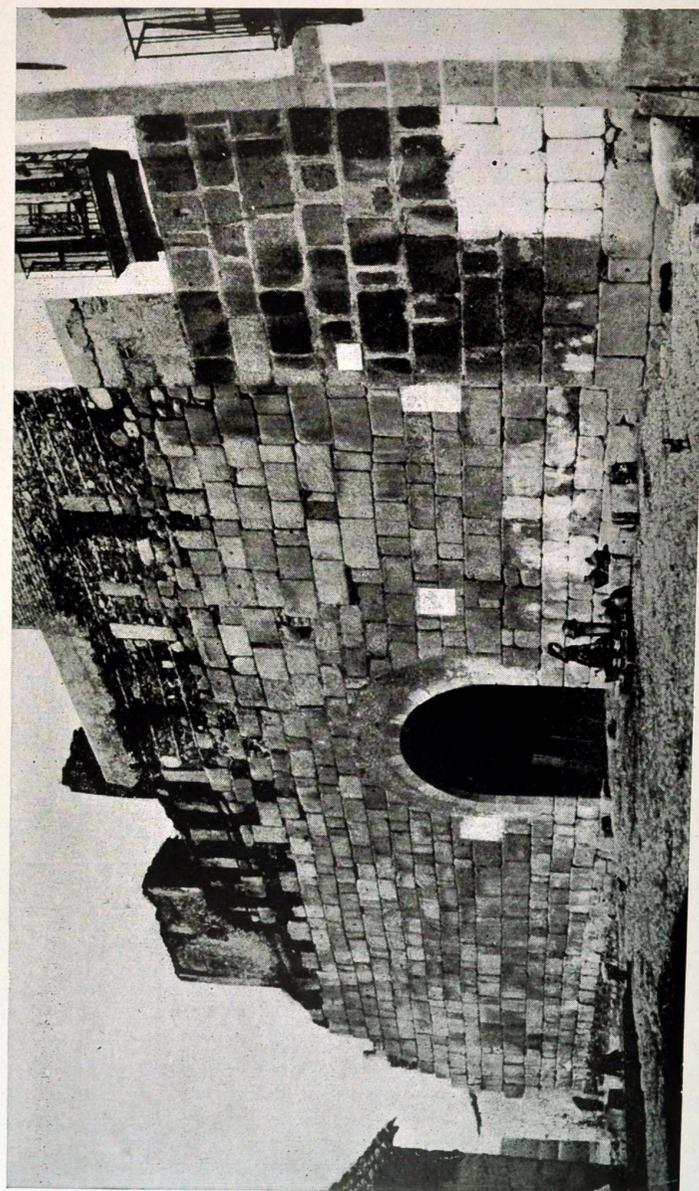
«Respecto a esa moda nueva de sociolismo o socialismo, o como se diga; por lo poco que he entendido, se trata primero de deshacer y después de desbaratado todo, componer y hacer de nuevo. Ocurriéndoseme que pudiera acontecer que se desbaratara la capa, y después con los pedazos no pudiéramos hacer sino un berrendo, que como ustedes saben, se teje con pedacillos y jirones de trapos, y, que pesa mucho y abriga poco. Lo del comunismo está más claro, y me atengo al refrán: «Lo que es del común, es de ningún, de lo que se apodera algún».

«En lo demás de la conversación, pareceme que toda ella viene a parar en opiniones de si es preferible la libertad o la sujeción. Y yo digo: ¿Qué es preferible: criar los hijos en completa libertad como muletos que se echan a relba, al prado comunal, o tenerlos sujetos y encerraditos entre consejos y sermones, sin que se enfrenten con la realidad de la vida y sus coscorriones? Pues yo digo, que ni lo uno ni lo otro, y como la experiencia no sirve ni aprovecha sino al que la experimenta, es preferible como sistema y desde pequeñitos, la libertad y el aprender realidades y no embelecocos ni engañifas. Y al que abuse y se extralimite de la libertad, coscorrón y tente tieso. Cuidando el que mande, de proceder con legalidad y sin trampa ni embustes. Aprendiéndose que se gana más, y es más barato, portarse honradamente y con limpieza, que no con hipocresía, marrullería y poca vergüenza».

«Y si ustedes no me mandan otra cosa, no tengo más que decir».

Se puso el sol entre arreboles, detrás de la sierra. Se sintió un fresquecillo poco agradable y los paseantes se levantaron y se fueron. A la salida del olivar se pararon y Pavón dijo: «¿Qué les ha parecido el discurso del Rubio?» «Que donde menos se piensa salta la liebre», dijo el cura Limones. «Debajo de una mala capa, se oculta un buen bebedor», añadió don Atanasio.

EDUARDO H. PACHECO



ALB EXTREMEÑO: oria. Muralla romana y Puerta del Sol